

salen en este libro el cariño por la tierra de sus mayores y una gran laboriosidad que, sin duda, acreditan favorablemente su tránsito de la genealogía y la heráldica a la historia.

Las fuentes de este libro son sólidas y variadas: tradición oral, archivos —principalmente los municipales y los parroquiales de Aculeo, Polotitlán y Jilotepec—, y una numerosa bibliografía. Las fuentes corresponden al deseo del autor de presentar en una primera parte los antecedentes legislativos sobre la colonización en México, para situar mejor a su localidad. Aunque este propósito es laudable, desgraciadamente las veinte páginas que dedica a este fin resultan un poco esquemáticas y aun registran algunos errores; por ejemplo, señalar el año de 1854 como la fecha de la creación de la Secretaría de Fomento (p. 33), y considerar que la política colonizadora del porfiriato se basa en la ley de 1875, olvidando la ley de 1883. Tampoco es correcto indicar el año de 1880 como la fecha en que se reconoce el fracaso de la colonización, pues esto ocurre hasta 1902. En fin, hay algunas explicaciones insuficientes, por ejemplo, la opinión de que la gran tarea del gobierno mexicano debió ser “educar a la mayoría de la población nacional” y limitar el latifundismo sólo “por medio de leyes indirectas” (p. 48); esta opinión parece confundir los personales deseos del autor con un planteamiento de la naturaleza de esa época y de sus posibilidades de cambio.

La segunda parte, la más amplia del libro (106 páginas), es, en realidad, la aportación del autor. En ella describe, en ocasiones minuciosamente, los orígenes de la fundación de Polotitlán, su división territorial, población, propiedad, economía, religión y educación. La obra concluye con unas conclusiones y un útil apéndice documental.

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO
El Colegio de México

San Antonio Polotitlán es una pequeña población a la orilla de los llanos del Cazadero, al norte del Estado de México, casi en el límite de Querétaro. Pueblo de reciente fundación, tiene su origen en la voluntad y el tesón de tres hombres emprendedores, prominentes en el medio rural: José Felipe Polo, Nicolás Legorreta y José María Garfias. Allá por 1852 convirtieron en pueblo lo que no era sino “una vaga y dispersa comunidad de parajes”, poniéndole templo y escuela, llevándole agua, atrayendo a una ma-

yoría de mestizos de las zonas aledañas, trazando calles y adjudicando los terrenos baldíos más próximos. La pobreza del suelo y de los recursos de la mayoría de sus habitantes no le permitieron descollar económicamente, y la Revolución lo afectó provocando el éxodo de la población mejor dotada cultural y económicamente. Hoy es un pueblo decaído y relativamente abandonado, pero hay un libro que hace su historia. El autor González-Polo, José Felipe Polo y Polotitlán tienen en común, como será fácil suponer, algo más que el nombre. Polotitlán es un toponímico híbrido, que agrega una terminación mexicana al apellido de su principal fundador y de la familia dominante en la población hasta principios de este siglo. Estudiando con cariño la historia de su tierra natal, el autor pudo cumplir con las exigencias de la microhistoria. Escribió un buen libro que tiene una gran virtud y un gran defecto.

La gran virtud es que está hecho con inteligencia y sensibilidad. Rara vez se reúnen estas cualidades en los historiadores que estudian las pequeñas comunidades, del mismo modo, curiosamente, que sucede con los que pretenden estudiar todo el mundo o los grandes continentes. El libro nos da todos los elementos de la vida del pequeño pueblo, con los que hace una pequeña historia política, otra económica, otra social y, en fin, de todas, hasta cubrir algunas minucias municipales y aspectos subjetivos de la mentalidad local, al estilo de las más espléndidas microhistorias. La base documental es bastante sólida, aunque pobre, porque poco hay de testimonios sobre el pueblo, y un importante archivo, el municipal de Jilotepec, no fue consultado por el autor. La tradición oral se recuperó con la libre conversación de la gente de campo, sin encuestas ni formulismos, aunque no en la medida que un lector interesado en el tema pudiera desear. Cuando la materia es rica en contenido humano, González-Polo muestra que sabe historiar. Logra una verdadera recreación del pasado de su pueblo, con buena pluma además. Sin duda está detrás la influencia benigna de algunos de los maestros del joven autor.

El gran defecto podemos achcarlo (seguramente) a la influencia maligna de algunos otros. Consiste en haber pretendido un estudio más amplio, el estudio de un problema nacional del cual Polotitlán fuera una expresión, un estudio dizque a tono con los requerimientos actuales de la historia interesada en los grandes problemas nacionales. Así, se hace corresponder a la historia de Polotitlán con la de la colonización, pero de un modo muy poco articulado. Del mismo modo, es frecuente que el autor, luego de

hablar de alguno de los problemas del pueblo, pase a considerar la misma cuestión, brevemente, a nivel nacional. El libro se inicia con tres capítulos sobre la legislación y el desarrollo de la colonización del territorio nacional, que no son malos, pero que manifiestan el propósito de ocultar la parte monográfica que se inicia tras ellos, tras un buen número de justificaciones que a veces parecen excusas. El estudio de Polotitlán se presenta al lector como un *case-study*, sin serlo, porque si lo fuera verdaderamente se limitaría al tema concreto de la población inmigrante y la dotación de tierras, o al mínimo necesario para ilustrar o demostrar científicamente el problema de que se trate.

Resulta evidente que conviven dos corrientes, que mejor sería llamar actitudes, en esta historiografía científica de tema regional que tanto vuelo ha cobrado en nuestros días. Podríamos calificarlas respectivamente como inmadura y madura. La primera es la que no se siente segura de la significación de su estudio sin el asidero de un marco nacional o la referencia a un problema de alcances mayores. Cree que la vida local no vale la pena de ser estudiada si no ejemplifica algo, si resulta carente de interés para los que hurgan en la historia en busca de cuestiones trascendentales. La segunda, la actitud madura, es la que se emancipa de toda dependencia, al menos formalmente, y no se siente empujéncida por los estrechos límites geográficos de su tema. Estudia su pequeño conglomerado humano precisamente como una parte de esta *terre des hommes* en que vivimos: pedacito tan complejo y problemático como cualquiera otra manifestación humana. Confía en que su trabajo será interesante y útil no sólo por el tema regional, sino por el tema humano. Si no logra extender su mensaje, lo más probable es que la falta sea no del autor sino de un lector demasiado interesado en abstracciones más o menos sostenibles. Dentro de este orden de cosas, la microhistoria no científica, la del historiador pueblerino aficionado, es casi siempre madura, no por su falta de método o su exceso de erudición puntillosa, ambos reprobables, sino por la seguridad que generalmente manifiesta del interés de su tema.

La obra de González-Polo sobre Polotitlán, es, desde luego, producto de la primera actitud. En su defensa podrá decirse que las fuentes documentales para hacer la historia de este pueblo son tan escasas que hay que recurrir a lo exterior para darle consistencia al caldo. A lo que se puede contestar que también se pudo haber cocido más la carne. Pero ¿a qué vienen las recetas? Después de

todo, el que una obra sea producto de una actitud inmadura hacia la microhistoria no quiere decir que la obra sea mala. Hay obras inmaduras que son mejores que muchas maduras. Igualmente hay obras maduras de jóvenes y obras inmaduras de viejos. El concepto de madurez, en el sentido que aquí se le da, equivale al de independencia de los valores locales frente a los nacionales. La historia de Polotitlán es una obra no emancipada, pero excelente.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Frédéric MAURO: *Histoire de l'économie mondiale — 1790-1970*, Paris, Editions Sirey, 1971, 425 pp.

Frédéric Mauro, profesor de la Universidad de París (París-Nanterre), no es un desconocido para los historiadores y economistas mexicanos. Pasó los años de 1961-62 en la Universidad de Nuevo León; un producto de su estancia allá fueron dos importantes estudios, *A propos d'une Barcelone mexicaine: Monterrey et son histoire*, ensayo de una historia económica de la Sultana del Norte, en el cual analizó la paradoja del crecimiento industrial de esa ciudad asentada en medio de un desierto; y *Problemes agraires et problemes agricoles dans le Nord-Est du Mexique*, en el cual sugirió el fomento de la agricultura neoleonesa, poco desarrollada en comparación con la industria. A Mauro se le conoce más como especialista en la historia de Portugal en la era de su expansión colonial, y sobre todo en la de Brasil, a la cual ha dedicado varios libros, por ejemplo, *Nova historia e Novo Mundo*, en uno de cuyos capítulos hizo un estudio comparativo entre la economía colonial brasileña y la mexicana.

Su última obra es mucho más ambiciosa: una historia económica mundial que abarca desde el fin del siglo xvii, o sea desde que la revolución industrial e ideológica hizo un impacto en la sociedad europea, hasta la época actual. Sin duda, en los últimos años se han publicado muchos manuales de historia económica general, sea del siglo xix o del siglo xx, o sea de toda la era moderna. Mauro los utilizó para escribir su obra destinada principalmente a futuros economistas e historiadores. Lo nuevo en su libro es la atención y el espacio dedicado a los países del Tercer Mundo: la América Latina ocupa en él un lugar prominente; también Asia